

Arnaldo de Villanueva publicó el *Rosario filosófico* y *La flor de las flores* y otras muchas otras de indisputable mérito; *La llave de la sabiduría*, *Del saber de astronomía* y otras varias debidas al rey de Castilla Don Alfonso X, llamado el *sabio*; el tratado sobre el antimonio, de Basilio Valentín, intitulado de *Currus triumphatis antimonii*, y otros mil de acreditados alquimistas de reputado mérito y erudición.

Más de un siglo había ya trascurrido que Marco Polo recorriera los mares de la India y las costas de la China. En sus escritos buscaron los marinos de los siglos XV y XVI sus grandes aspiraciones, y aquellos atrevidos viajes exploradores, le han conquistado el epíteto honroso de *Humboldt del siglo trece*. En verdad que este siglo entre las peripecias que ofrece, tiene de singular y notable, que grandes y ostentosos magnates y poderosos monarcas protegieron y cultivaron el estudio de las ciencias, quizá por oposición al escolasticismo. Federico II, el pontífice Urbano IV, Manfredo, Hologú de Persia y Kobilai en la China tendieron una mano amiga á los estudios experimentales y de observación para levantarlos del olvido á que los redujeron las contiendas filosóficas.

Después de la toma de Constantinopla por los turcos (1453), el pontífice Nicolás V mandó á varios humanistas para que recogieran los tesoros filosóficos y científicos de aquella esplendorosa civilización. Con estos últimos restos bien puede decirse que la Grecia había emigrado á Italia. ¡Y cuántos daños recibió el Catolicismo con semejantes tesoros! Sobre ello los sabios han opinado de diverso modo.

Al terminar la Edad media se inauguraba el *Renacimiento* y la *Reforma religiosa*.



CAPÍTULO X

EL RENACIMIENTO Y LA REFORMA

El siglo XVI.—La imprenta, sus ventajas.—Las nuevas escuelas filosóficas.—El arte de curar.—Se abandonan las ciencias ocultas.—Paracelso.—Sus doctrinas; funda la escuela iatro-química.—Copérnico; sus hipótesis.—La Reforma Religiosa.—Lutero y sus secuaces.—La noche de San Bartolomé.—Cristóbal Colón; sus proyectos.—La Universidad de Salamanca.—Draper se presenta riguroso con los católicos y muy olvidadizo con los racionalistas de los siglos XVII y XVIII.—Giordano Bruno.—Galileo; sus descubrimientos, su proceso y su muerte.—Se fundan otras ciencias sobre la filosofía experimental.—La reforma filosófica de Bacon.—Las causas finales.—Descartes.—Juan Kepler.—Gassendi.—Descartes desarrolla su nueva doctrina.—La Química.—Se fundan varias academias.—Newton; sus descubrimientos y su muerte.—La fuerza de atracción según alguno de los sabios de nuestros días es una fuerza de explicación.—Desaguliers.—Locke.—Leibnitz.—Teoría stabiliana.—Francisco Leboé (Sylvius).—Sanctorius.—Boërhaave.—Algunas reflexiones sobre este período de la historia de la ciencia.—Conclusión.



UE la ciencia sagrada y la profana se habían emancipado completamente, y ambas giraban en su propia órbita con absoluta independencia, lo vemos ya al comenzar el siglo XVI. Seguía la primera las inspiraciones reveladas sin separarse del dogma, y la segunda marchaba bajo el impulso de aventuradas especulaciones, influida por el espíritu investigador del mundo experimental. Las ciencias exactas, físicas y naturales, que muy poco merecieron á las luchas escolásticas, comenzaron también á tener vida propia y moverse en su esfera de acción. Todas emprendieron á la vez nuevas y opuestas rutas para alcanzar el mismo fin. Las continuadas meditaciones en el campo de la abstracción ó los repetidos descubrimientos en el constante y asiduo trabajo del gran laboratorio de la naturaleza, les dieron nuevos elementos de vida y prosperidad, haciéndoles entrever más vastos y risueños horizontes hasta entonces no conocidos.

Los escolásticos perdiendo la disciplina en medio de una fermentación intelectual vertiginosa, prepararon el Renacimiento, que prestó eficaz apoyo á la Reforma religiosa, dió segura existencia á los estudios empíricos para alcanzar

un cambio radical en la marcha progresiva de los conocimientos humanos. Un espíritu suspicaz y atrevido sin duda habría vaticinado en aquellas circunstancias, que entre la Religión verdadera y las evoluciones de la materia existía un abismo, que al parecer no podía franquearse; ó bien que había entre ellas un antagonismo odioso de principios que las hacía inconciliables. Sin embargo, el tiempo ha venido á demostrar su perfecto acuerdo y su admirable armonía, por que jamás la duda filosófica, cualquiera que sea su origen y fundamento, debe hacer vacilar la fe religiosa, si ésta se halla bien cimentada en las enseñanzas de la Iglesia católica.

No comprendemos como haya aún quien pueda dudar de la íntima relación que existe entre la santa revelación mosaica y la ciencia; sobre todo, con la geología y sus análogos. Dudar de esta verdad, es confesar paladinamente que se conoce bastante poco la una y la otra.

Las sectas filosóficas de las escuelas materialista, panteísta y atea, aunaron sus esfuerzos para hundir al Catolicismo, que entre prolongados disgustos y continuas aflicciones había quedado sostenido y amparado por los Pontífices; quienes lejos de manifestarse hostiles á las ciencias experimentales, aplaudían y auxiliaban sus progresos y adelantos. Los libre pensadores primero y el libre examen después, fueron, sin duda alguna, el comienzo del protestantismo y luego se convirtieron en sus principales sostenedores, facilitándoles las bases y fundamentos de la doctrina.

Todos convenían en que la Reforma religiosa era una necesidad imprescindible atendida la relajación de las costumbres en el clero que alcanzaba ya lo más profundo de la disciplina. Todos veían con pesar la escasa ilustración del sacerdocio en general, y los continuados actos de simonía que se repetían con el mayor descaro y desenfado. Los reyes Don Fernando y Doña Isabel oyendo al cardenal Fr. Francisco Jiménez de Cisneros, habían tomado la iniciativa autorizados por la Santa Sede, sobre lo cual, clamaron muchos escritores y magnates. No faltaban, por cierto, ministros católicos sabios y virtuosos, preladados y doctos varones que llenos de unción evangélica pretendieron con el ejemplo y santo fervor cristiano, encauzar la corriente por el buen camino antes trazado por muchos Pontífices. La Reforma era en un principio disciplinaria y de ninguna manera dogmática, como se quiso dar á entender con siniestra intención.

El espíritu humano impulsado por una filosofía de novedad y aventurera, quiso sacudir el yugo de la autoridad, protestando, no obstante, de su fe católica; pero los enemigos de la Iglesia llenos de coraje y con la mayor osadía y resolución, se lanzaron al libre examen. El descubrimiento de la imprenta había multiplicado la palabra, la luz divina se difundió por la sociedad y llegó á

inspirar santa confianza tanto en lo porvenir científico y en el genio del laborioso artesano, como en el tímido espíritu del labriego que vivía ignorado en el fondo de la cabaña. La razón en el hombre, cuando la fe religiosa la impulsa y la creencia la sostiene, tiende siempre á un progreso moral y humanitario que si palidece por un instante pasajero, se aviva bien pronto con un resplandor más brillante, fecundo y trascendental.

Jamás debemos anteponer la autoridad de la razón humana, por deslumbradora que aparezca, á la fe que nos inspiran las revelaciones divinas que nos ha dado á conocer el historiador sagrado.

La opinión filosófica quiso ser reformadora, llamó á la libertad de conciencia y pasó nuevamente por el crisol de la discusión las hipótesis, teorías y sis-



El cardenal Cisneros.

temas de las antiguas escuelas; multitud de libros impresos, muchos de ellos mal purificados y peor alambicados, se lanzaron sin reflexión al mundo estudioso, y los escritos de Platón y Aristóteles recordaron las opiniones de Heráclito, Pitágoras y Jenófano, abriendo á la inteligencia impresionada por la tradición clásica, dilatados y fecundos campos donde militaban la generalidad de los hombres consagrados á la filosofía ó á las ciencias experimentales. Parecía, con efecto, que el triunfo de las nuevas escuelas no era dudoso, y que la inteligencia podría, al fin, fijar el imperio de la verdad sobre un trono indestructible para mejorar los destinos del linaje humano. Guttemberg, Fusth y Schœffer fueron genios inspirados por el soplo santo de Dios. La primera obra impresa que se lanzó al mundo fué cristiana.

El Renacimiento, pues, era para los filósofos y humanistas un nuevo mun-

do intelectual, lleno, en verdad, de nebulosidades, henchido de locas esperanzas y bullendo entre mil fantásticas ilusiones. Allí volvieron á revivir todas las ideas, todas las hipótesis, todos los delirios de pasadas civilizaciones para ofrecer á las futuras edades una vida y educación paganas influidas por engañosas creencias y llenas de zozobra por su incierto porvenir; allí la incredulidad religiosa aumentó sus prosélitos y la libertad filosófica marcó la ruta que debía emprender la Reforma en su funesta carrera; olvidando que el «Cristianismo, como decía el señor Reynals y Rabassa, no es un derecho nuevo, sino una moral y una sociedad nuevas. El derecho cristiano lleva el elemento moral al derecho histórico, y el derecho histórico da nacionalidad al derecho universal cristiano.»

Esta fué la primera conquista de los libre pensadores que preparó la gran revolución social que hizo temblar todas las instituciones existentes. El Catolicismo fué rudamente atacado, tal vez en su comienzo, sin pretenderlo sus autores; empero es lo cierto, que al examinar las antiguas escuelas que habian imperado en Grecia y Roma, se vieron combatidos de un modo violento los dogmas de la Religión de Jesucristo por Philelpho, Reuchlin, Pedro de Osma, Erasmo, Fiscimo, Valla y otros sabios letrados y humanistas.

Sobresalía entre ellos Erasmo, humanista holandés, de saber variado, elocuente, sarcástico y atrevido; el cual ejerció notable influencia entre muchos de los hombres ilustres de su tiempo. Sus escritos ya sagrados ya profanos, salpicados muchas veces con frases agudas y locuciones festivas menoscabaron la alta dignidad y sagrada misión del sacerdocio católico, especialmente de las órdenes religiosas. Escritor fecundo en demasía, de ingenio y agudeza incisiva, mordaz é inflexible, alcanzó cierto dominio sobre la mayor parte de los sabios de su época. Atacando en todos los terrenos posibles, y no posibles, lo que llamó abusos, vicios y relajaciones de la Iglesia, llegó hasta los principios dogmáticos del Catolicismo, sembrando la duda, desacreditando altas y sagradas instituciones y pervirtiendo la disciplina. Fraile agustino sin vocación, sucumbiendo á la necesidad por falta de recursos y de su valetudinaria y débil salud, jamás tuvo energía ni heroísmo bastante para emprender con valor una decidida y consecuente cruzada. Era católico, y probablemente sin quererlo, facilitaba el camino y servía de guía á los reformistas; y sin embargo, Erasmo fué enemigo de los frailes, miró con ojeriza á los teólogos y escribió contra Martín Lutero. Tuvo muchos partidarios y amigos, fué protegido y pensionado por magnates, cardenales, papas y reyes, y entre los españoles le distinguieron el arzobispo Fonseca, el inquisidor Manrique, J. Luis Vives, Fr. Alonso Virués y Alfonso de Valdés, cuya admiración y cariño rayaba ya en delirio. Tuvo por enemigos á los frailes en general, á López de Stúñiga, Sancho Ca-

ranza de Miranda, Fr. Luis Carvajal, el príncipe Carpi, Sepúlveda, etc. Los escritos de Erasmo, las controversias á que daban origen y las conclusiones de ellas obtenidas, fueron, á no dudarlo, los fundamentos del luteranismo que tantos males debía acarrear á la Religión católica.

En esta misma época florecía Juan Luis Vives, el cual tenía estrecha amistad con Erasmo. Nacido en Valencia, fué pensador profundo, consumado humanista, filósofo juicioso que en sus métodos se anticipó á Bacon el *Gran Canciller*, á Descartes y á Reid. Enemigo franco y pertinaz de la escolástica, innovador atrevido, elocuente y detestando al averroismo, era uno de los partidarios más



Erasmo.

entusiastas y laboriosos del Renacimiento, mirando á Aristóteles con seria prevención y á Platón con estudiada calma. Vives vino á ser un ecléctico entre estos extraordinarios genios de la filosofía griega, que con admirable sagacidad colocó la razón frente al principio de autoridad, y recomendó la experiencia. La escuela del filósofo valenciano dió una pléyade de sabios que influyeron poderosamente en el porvenir, como Foxo Morcillo, Sepúlveda, Gómez Pereira, Martínez Brea, Monzó y otros muchos de sobresaliente mérito.

El Renacimiento ha sido calificado con exactitud por el reconocido talento de Tennemann. «Es una época de fermentación intelectual, dice este sabio, donde la inteligencia del hombre se levanta en alas de la ventura, impulsada por el espíritu de novedad. Todo se conmueve, todo oscila, todo se agita por

el furioso y desencadenado vendabal. Los sistemas filosóficos se multiplican, los maestros y doctores corren sin freno desbocados ante una independencia perturbadora, y aquellas dos escuelas nominalista y realista que vinieron á condensarse en las dos órdenes religiosas dominica y franciscana, dejan su aplomo, olvidan la dignidad y se lanzan á apasionados debates y furiosos ataques, donde pierden la lógica y el buen gusto. » Con el Renacimiento volvió á tomar nuevos bríos el espíritu pagano de Grecia y Roma que yacía sepultado bajo el peso de la fe católica, infiltrándose poco á poco en la enseñanza para introducir la duda y debilitar las creencias, la fe y la moral.

Cuando el hombre se separa de la verdad en cualquiera de sus actividades, sólo encuentra la anarquía, que siempre se refleja sobre sus facultades individuales y en la familia, y hasta en sus aspiraciones sociales.

La toma de Constantinopla por los turcos dispersó por el Occidente á muchos griegos ilustrados, que dieron á conocer los libros de Platón y de Aristóteles, y muchos de los que los romanos y alejandrinos no supieron interpretar. La tradición clásica hizo sus conquistas y halló entusiastas prosélitos en Italia. Gemisthus Pletho y Teodoro de Gaza comenzaron la lucha en opuestos bandos, y el escolasticismo sufrió un violento ataque. Florencia, cual antes fuera París ó Córdoba, era el centro de esta propaganda, que arrastraba la bulliciosa juventud de todos los pueblos de la Europa culta. Las escuelas perdieron el prestigio, la disciplina desapareció de aquellos centros y la ciencia se apoderó de los ánimos para introducir la confusión y la anarquía. Las artes liberales en sus cuatro bellas manifestaciones se lanzaron irreflexivas en el campo del sensualismo. Parecía que el genio pagano revivía para resucitar la civilización greco-romana; y tanto la arquitectura, como la escultura, el grabado y la pintura se inspiraban en el espíritu anticatólico, que venía envuelto en las formas livianas de la mitología. La literatura también participó de estas nuevas transformaciones.

Y mientras el cardenal Nicolás de Cusa (Cuss) recomendaba con Sextus una mediana confianza en las afirmaciones de la razón contentándose con lo verosímil, y Marcilio Ficino desde la cátedra sagrada quería la lectura de Platón; Juan Pic de la Mirandola dejó avasallarse por la cábala y la astrología, y emprendió la extravagante tarea de amalgamar á Orfeo, Zoroastro, Hermes-Trimegisto y Platón con el Evangelio, los alejandrinos, los cabalistas y los escolásticos. He aquí en la escena á una falange de reformadores cabalistas y de mágicos capitaneados por Juan Reuchlín, Jorge de Venecia, Cornelio Agripa, Paracelso, Raimundo de Tárrega (?), que recordaron más de una vez las primeras fórmulas de Davit de Dinant.

En medio de ese vértigo fascinador que nada respetaba, queriendo inno-

varlo todo, Pedro Pomponat preguntaba con la mayor delicadeza é intención, si Aristóteles había admitido la inmortalidad del alma, asegurando que en ninguno de sus múltiples escritos se descubre un solo argumento á favor de este principio. Cuestión que ha renovado en nuestros días el honorable señor Bartolomé Saint-Hilaire: los trabajos de Pomponat hicieron que la juventud estudiosa volviera á recorrer y examinar los archivos de los peripatéticos.

La educación se extendió con increíble velocidad y el paganismo con su hábito impuro ejerció su influencia sobre la sociedad católica. ¿Qué de extraño



Pedro Ramus.

tiene que aquella juventud bulliciosa no desdeñara la Reforma y en los siglos posteriores estuviese dominada por el ateísmo volteriano?

Leonicus Thomæus fué uno de los peripatéticos más lógicos del siglo décimo sexto, y Zabarella discurrió con notable prudencia sin comprometer jamás su opinión; pero los más entusiastas representados por Aquilino, imitador de Averroés, y Zimara, abrieron ancha senda á Jerónimo Cardán, el cual en su libro intitulado *Mis confesiones*, da á conocer la suma de sus vicios y locuras y los desaciertos de una vida agitada, llena de tristes peripecias; y en los tra-

tados *De subtilitate* nos recuerda todo su ingenio y agudeza. Cesalpino era un panteísta que defendió la identidad de lo absoluto, Vanini entusiasta indiscreto de la libertad del pensamiento, vino á Francia buscando seguro refugio para morir en la hoguera. Y, bien fuese que imperara Aristóteles ó porque Telesio propagara las doctrinas de Platón por los estados de Nápoles y Patrizzi por la Roma papal, el panteísmo se manifestó en las conclusiones de todos ellos, predominando en las escuelas italianas durante el siglo XVI.

Las luchas tanto civiles como religiosas habian en Francia debilitado los estudios filosóficos, cuando Ramus (Pedro Laramée) las sacó del olvido, y combatiendo á Aristóteles de un modo inusitado y volviendo sus aspiraciones á las doctrinas de Rodolfo Agricola, levantó de nuevo la escolástica, le dió otra vez preponderancia y excitó la curiosidad pública recomendando los libros de Platón. Sus discípulos tanto en Inglaterra como en Alemania se apellidaron *Ramistas*.

Si durante los siglos medios la escuela filosófica francesa había imperado por todas partes, teniendo su centro en la Universidad de París, donde ejercía una influencia poderosa la de los filósofos cordobeses, el Renacimiento halló en Italia un decidido apoyo y de allí se irradió por otros países.

Las doctrinas de Ramus encontraron sus adversarios en Nizolius, Gouvea y Charpentier, hasta el punto que el maestro fuese condenado por el Parlamento de París: poco tiempo después fué asesinado. El cardenal Belarmino, el doctor *eximio* Francisco Suárez, Alfonso Tostado, César Scaliger, Pedro Balbo y otros muchos religiosos defendieron con fervor los dogmas del Catolicismo... Era ya tarde para disipar la tormenta que por tanto tiempo había estado cerniéndose sobre la Iglesia; la tempestad rugía contra la Silla de San Pedro. La Reforma religiosa dogmática era ya inevitable; es más, era un hecho; y el escéptico Montaigne señalaba también el camino á la reforma filosófica que debía emprender más tarde el gran canciller de Inglaterra Francisco Bacon, siguiendo á Vives y á su discípulo Gómez Pereira.

Aquellos sabios dedicados á la transmutación de la materia y al descubrimiento de la piedra filosofal, henchidos de locas esperanzas y aguardando un porvenir venturoso á sus experiencias, enorgullecidos con el éxito favorable de algunos medicamentos extraídos por procedimientos químicos cuya acción terapéutica había sido activa y eficaz, pretendieron sujetar la medicina á su capricho, creyendo que esta parte del estudio del hombre se hallaba asimismo bajo su dominio.

El arte de curar había seguido los trastornos y vaivenes de los siglos anteriores, y después de la invasión de los bárbaros y de la conquista de los árabes, éstos unidos con los hebreos, llegaron á ejercer la supremacía en la medicina y en la farmacia.

Ya en el siglo XVI la medicina, la física y la química y en general, todas las ciencias naturales y de experimentación, recibieron grande desarrollo y beneficioso impulso. Médicos, físicos, matemáticos, químicos, astrónomos, metalurgistas, todos se dedicaban con ahinco á especiales trabajos para aumentar los conocimientos que en último resultado refluían sobre la clase productora.

Los partidarios de las ciencias ocultas cedieron el campo á la observación y á la experiencia, y los descubrimientos se sucedieron con admirable rapidez, abandonando la rutina y la cábala para seguir el sendero de ilustración que marcaba la antorcha luminosa de la ciencia. Á las extravagancias de Cornelio Agripa sustituyeron los útiles trabajos de Agricola y Glaser; á la sagacidad y locuras de Jerónimo Cardán, los adelantos de Le-Fevre, La-Mort y Globoero. Las preparaciones mercuriales y sulfurosas, los antimoniales y otras de naturaleza inorgánica se preconizaban como remedios heroicos, y los príncipes y magnates, los hombres de fortuna no se desdeñaban de seguir aquel impulso cuya tendencia fué siempre ensanchar los límites de la civilización y el progreso. Á pesar de todo, los sabios naturalistas, cualesquiera que fuesen sus doctrinas, prestaron grandes servicios á la humanidad.

En tal estado apareció Paracelso, que lleno de arrogancia y originalidad, favoreciendo la teurgia y á la cabeza del charlatanismo médico, se dirige á los *doctores de guante blanco*, y les dice con el mayor desenfado: «Vosotros que después de haber estudiado á Hipócrates, Galeno y Avicena, creéis saberlo todo; pues, no sabéis nada, puesto que prescribís medicamentos y no conocéis el arte de prepararlos. La química da la resolución de todos los problemas de fisiología, patología y terapéutica; no conociendo la química estaréis siempre envueltos en tinieblas y en la más crasa ignorancia.» Para la escuela de Paracelso, *el hombre es un compuesto químico; las enfermedades reconocen como causa una alteración cualquiera de este compuesto; es necesario, dice, usar medicamentos químicos para combatir estas enfermedades*. Esta atrevida proposición fué el fundamento de la *Chemiatría* ó escuela *yatro-química*, de la cual se constituyó el jefe. Escuela que en el siglo siguiente sacó del olvido Francisco Leboé, llamado *Sylvius*, la cual tuvo numerosos adeptos; pero si bien fué combatida, no pudo aniquilarse ni destruirse. En ella están afiliados en nuestros días muchos partidarios, amantes del materialismo y positivismo científico.

La astronomía, hija querida de la física, se había emancipado de la astrología, y sus descubrimientos llegaron á ser el punto de partida sobre que fundaron varios filósofos la revolución científica por tantos años preparada. Copérnico, célebre astrónomo que nació en Thorn en febrero de 1473 y bajó al sepulcro á los setenta años de edad (24 de mayo de 1543), fué uno de los sabios más sobresalientes de su época. Enseñó matemáticas en Roma y era ca-

nónigo de Frauenbourgo. Sujetó á un escrupuloso examen todos los sistemas establecidos por los astrónomos que le habían precedido, y se decidió, al fin, por aquel que hace girar todos los planetas en derredor del sol, y al propio tiempo da á la tierra dos movimientos; uno de rotación sobre sí misma y otro de circunvalación al rededor del astro solar. Hoy conocemos tres movimientos de nuestro planeta, el de rotación en derredor del eje; el de revolución al rededor del sol; y el de traslación en el espacio sobre la inmensa órbita que describe el sol alrededor de la estrella Alción de las Pléyades, llamada estrella fija; siendo probable que existan otros movimientos que el tiempo y el estudio darán á conocer.



Copérnico.

Copérnico había encontrado el fundamento de su teoría en autores antiguos, sobre todo, en Pitágoras, Aristarco y Silolao. Los hombres más ilustres de la antigüedad, como Platón, Aristóteles, Cicerón, Plutarco y otros, habían indicado esta hipótesis; pero la hizo suya, apoyándose en una serie de observaciones y cálculos que le pertenecían. Las matemáticas no tenían el desarrollo que después adquirieron, y el célebre astrónomo, temiendo las contradicciones en una época en la que imperaba en absoluto la hipótesis de Claudio Ptolomeo, que coloca la tierra en el centro del sistema planetario, no publicó estos trabajos hasta al fin de su vida; así es, que el libro intitulado, *De Revolutionibus orbium caelestium* (Nuremberg 1543), dedicado al pontífice Paulo III, lo recibió impreso el mismo día de su fallecimiento.

Semejante teoría, como hemos dicho, no era nueva; los filósofos griegos

la conocían perfectamente y enseñaron la redondez de la tierra; Pitágoras dió á conocer el sistema heliocéntrico, llamado generalmente *sistema copernicano*. El cardenal Nicolás de Cussa (Cusa) al igual que Copérnico, lo sacaron del olvido en que yacía, y éste lo dió á la estampa. Hipótesis, en verdad, que halló naturalmente una oposición fuerte y sistemática; pero de ella no surgió *conflicto* alguno entre el Catolicismo y la ciencia porque daba á conocer una de las leyes establecidas por Dios en la creación, aun cuando hubiese estado ignorada ó mal conocida de los hombres. No se comprende como después de haber sido nuevamente discutida la ciencia de los griegos bajo todos aspectos, donde se había condensado el saber de los pueblos que les habían precedido,



Lutero.

olvidasen que los astrónomos caldeos conocieron la redondez de la tierra muchos siglos antes.

La teoría del sabio toscano (*polaco*, dice el señor Rubió y Ors en su memoria contestando á Draper), presentada á la consideración de los hombres ilustrados de su tiempo, debió alarmar las conciencias de los más tímidos. Los inquisidores y los miembros de la Congregación del Índice, naturalmente asustadizos, mirarian con espanto una hipótesis que colocaba á la tierra en un papel subalterno y la rebajaba de las augustas prerogativas que el atraso científico le habían señalado. Al examinar Ptolomeo las propiedades de la fuerza centrífuga, es posible que creyera que el movimiento de la tierra sobre el eje en el espacio de tiempo de veinticuatro horas, debía producir en todos los puntos de la superficie una velocidad extraordinaria, de la cual resultaba una fuerza de proyección incalculable, capaz de lanzar á los espacios todos los cuer-

pos colocados en ella. Quizá esta consideración científica mal conocida y peor interpretada, fuese el fundamento para decir que la tierra era un planeta sin movimiento. El sistema copernicano fué aceptado como hipótesis, prohibiéndose su discusión en calidad de una *tesis perfecta*.

Ya por este tiempo la Reforma religiosa había planteado sus nuevas doctrinas por una parte de Alemania, por Suiza, Dinamarca, Holanda, Suecia é Inglaterra. La Iglesia católica se veía atacada sin consideración alguna por sus mismos hijos y debía defenderse para conservar ileso el depósito sagrado de la fe y de los fundamentos dogmáticos.

En los primeros años del siglo diez y seis (1517), comenzó el luteranismo. Los concilios de Constanza y Basilea, lejos de realizar cual convenía, la regeneración del clero, es decir, la reforma de la disciplina, colocaron á la Iglesia católica en un estado lastimoso que como dijo el cardenal Juliano Cesarini, anunciando una revolución láica: *Los ánimos tienen que engendrar pronto algo trágico*. El Cardenal por sus conocimientos teológicos y filosóficos y por la pureza de sus costumbres, mereció que el papa Martino V le nombrara legado y presidente de la asamblea congregada en Basilea. En verdad que la filosofía escolástica había sido fatal á la fe y á la razón, y los nominalistas por sus exageraciones con aquélla y los realistas por la supremacía que quisieron dar á ésta, contribuyeron no poco al desarrollo impulsivo del luteranismo.

Muchos humanistas y letrados fueron entusiastas racionalistas y allanaron, casi sin pretenderlo, el camino á Lutero y sus secuaces. No fueron, nó, aquellos mal llamados abusos de la córte de Roma que quiso dar á conocer en el siglo XII Guillermo de Malmesbury, ni las supuestas invenciones de ciertos ateos con las cuales se acusa al pontificado por el señor Draper, repitiendo las vulgaridades de otras épocas, ni mucho menos lo que se designa con el nombre de *comercio de indulgencias*, las causas que motivaron la sublevación del joven fraile agustino; fueron los libre pensadores con sus doctrinas perturbadoras que tiempo había tenían planteadas, y con ellas la división del mundo católico. Estos sabios ostentando una ortodoxia ajena á sus sentimientos filosóficos, marcaron la ruta que debía recorrer la nueva escuela para alcanzar una revolución religiosa que inundó de sangre la Alemania, la Francia, la Suiza, la Inglaterra y otros países católicos.

Carlos I de España, hijo de Doña Juana, llamada la *Loca* y del archiduque de Austria, Felipe, apellidado el *Hermoso*, quería á todo trance ceñir la corona imperial de Alemania, y consiguió tan anhelada victoria manifestando gran interés y simpatía para la defensa de los alemanes que otra vez se veían amenazados de los turcos. Conseguido su objeto y satisfechas con usura todas sus ambiciosas aspiraciones, tomó el nombre de *Carlos quinto*. Parecía que al prin-

cipio protegía la Reforma religiosa, siquiera fuese para anonadar y deprimir al Pontífice.

Los príncipes alemanes soñaban también adquirir cada uno su correspondiente corona y elevarse á la suprema dignidad de monarcas; para lo cual consideraron que la Reforma proclamada por Lutero les brindaba á conseguir su objeto, y la aceptaron llenos de entusiasmo, prestando al fraile reformista toda suerte de protección y auxilios. Se habían, al parecer, olvidado la sangre



Carlos V.

derramada y los tesoros gastados durante la terrible lucha sostenida por la ambición de las casas de Franconia y de Suabia contra el Papado.

Causa sorpresa el considerar que el atrevido reformista, que el joven catedrático de la Universidad de Wittemberg, irreverente con los superiores al criticar una ligereza, si así place que sea, ó tomar por pretexto los medios empleados por la corte Romana para allegar recursos pecuniarios á fin de realizar la mejora y restauración de la sublime obra artística, gloria y honor del Papado, la gran basilica de San Pedro, ejerciera tan poderosa influencia llegando hasta romper la unidad católica. En verdad que el gran pontífice León X, se ocupó

de las artes liberales con más predilección que de los intereses del Catolicismo puestos á su amparo, mereciendo la censura del ilustrado cardenal Pallavicino.

Justo será dejar aquí consignado, que los escritos de Wiclef, Wessel, Hus y de Goch habían abierto el camino, antes señalado por otros, que el reformista tenía que recorrer. Quizá en aquella época hubo pocos pensadores católicos que fijasen la atención en los escritos de Erasmo, Pedro de Osmá, Ficino, Hutten, Morus y otros sabios del Renacimiento que tanto perjudicaron á la fe ortodoxa. El antagonismo de la raza germánica contra la latina, debió influir poderosamente, para que la Reforma encontrase celosos partidarios y se propagara por determinados países con excesiva prontitud.

Es innegable que las contiendas de las escuelas filosóficas y las acaloradas discusiones sobre la pasividad ó actividad del hombre, tenían agitados los espíritus más católicos, y una simple cuestión teológica, al parecer, tomó tanta importancia que suscitó sangrientas y desastrosas guerras, terribles suplicios, ruínas é incendios que llenaron de luto á toda la Europa durante repetidos años.

La Reforma protestante dirigió únicamente sus envenenados tiros al dogma católico; no se ocupó de la ciencia, ni procuró mejorar la moral, sino que muy al contrario, la ciencia le era antagónica y los jefes reformistas la ridiculizaban. Según el señor Hettinger el protestantismo retardó más de un siglo la marcha de la civilización alemana, y los pueblos divididos por el sentimiento religioso, ocupados en destructoras guerras, apenas se acordaron del estudio de los fenómenos de inmediata utilidad y la evolución psíquica quedó sojuzgada por el espíritu avasallador de un fanatismo que jamás quiso transigir. Los hombres se mataban por preocupaciones de creencia, entregaban sin compasión al puñal de miserables asesinos á sus correligionarios, á sus deudos y á sus amigos y perseguían con atroz encarnizamiento á los sabios que habían consagrado su vida al progreso de los conocimientos humanos.

Un conjunto de circunstancias favoreció al religioso agustino y le dejaron tiempo para obrar. Excitó al pueblo con sus predicaciones y sublevó á los estudiantes alemanes, mientras que las rivalidades entre Carlos V y Francisco I y la guerra con los turcos, le facilitaron el camino con tanta audacia emprendido.

Es muy posible que si Lutero no hubiese tenido á su lado al sabio Felipe Melancthon, autor de multitud de escritos, manuales, folletos y compendios que servían de texto en las escuelas y se repartían con gran profusión sosteniendo la curiosidad y el entusiasmo, no habría alcanzado la Reforma tanta preponderancia; quizá sucumbiera en la cuna á pesar del odio de raza.

Sin embargo, el emperador Carlos V al ver las tendencias y preponderancia de los luteranos, adivinando, tal vez, sus atrevidas aspiraciones y su objeto, se declaró su principal enemigo en la dieta de Augsburgo. Luégo en la de Spira (1529) tomaron el nombre de *protestantes*, todos aquellos que *protestaron* contra el decreto y se retiraron de la asamblea.

De este modo la sociedad universal religiosa católica, por un efecto de su condescendencia se vió dividida en dos campos opuestos, que no han podido aún reconciliarse, á pesar del trascurso de los siglos. El primero es el representante de la *divina gracia*, y el segundo del mérito personal.



León X.

Y tales eran las imponentes proporciones que había alcanzado el protestantismo que en la dieta de Ratisbona (1541) se le atendió indebidamente, adquiriendo un poder y estabilidad que nunca debió obtener. El emperador Carlos V en el monasterio de Yuste se quejaba de haber tenido con Lutero tanta consideración, hasta el punto de dejarle marchar, como dijo, con su salvo conducto sin hacerle daño alguno.

Carlos V era ahora el defensor nato del Catolicismo y Francisco I, el rey *Caballero*, el protector de los protestantes de Alemania. Las resoluciones de este Monarca, así políticas como religiosas, variaban al influjo de un interés personal, mezquino y pasajero.

De todos modos es lo cierto que el protestantismo sólo ha podido condensar dentro de sus doctrinas las condiciones temporales y externas de la moral,

mientras que el Catolicismo abraza las condiciones eternas, temporales y físicas de esta misma moral, sin que ninguno de sus dogmas se debilite, ni mucho menos se altere ó modifique: superioridad de la Iglesia católica, que ha sido ya reconocida por ilustres pensadores de la moderna Alemania. El Catolicismo como expresión de la verdad revelada confía siempre en el porvenir, que le pertenece por derecho de humanidad.

Apenas iniciada la Reforma de Lutero cuando se vió invadida por distintas sectas, cuyas tendencias más bien políticas que religiosas, la pusieron en una contradicción manifiesta que provenía de la falta de solidez de sus dogmas, demostrando al propio tiempo que la verdadera Religión cristiana está en el Catolicismo.

Ahora bien, ¿qué adelantos hizo el estudio experimental con la Reforma religiosa de Lutero, Melanchthon, Zwinglio, Servet y Calvino? Ninguno; absolutamente ninguno.

Las ciencias naturales y las físicas y experimentales, la medicina y la farmacia, las ciencias psíquicas, las políticas y administrativas, la filosofía y el derecho, la literatura y la poesía nada deben á Lutero ni á los sectarios de sus doctrinas. El ilustre presbítero Don Jaime Balmes ha dicho, con incontestable verdad, «que el protestantismo no dió ni una idea que fuese suya; en él, dice, no hay sistema ni plan premeditado; todo se reduce á presentar á la Iglesia católica una oposición sostenida y una resistencia obstinada á su autoridad.»

El protestantismo fué un elemento perturbador, de retroceso y de oscurantismo; porque en una época en la cual las doctrinas de Aristóteles triunfaban de sus enemigos para avasallar los talentos más sobresalientes, renegó del Estagirita y le apostrofó con toda suerte de dicerios.

Las predicaciones de Lutero dieron bríos y aumentaron las corrientes de la inmoralidad y del vicio; nada hizo contra el orgullo, tampoco combatió los excesos de la codicia, ni mucho menos los delirios del sensualismo. La Reforma del fraile agustino ha sido considerada como una fuerza retrógada.

Sin embargo, no han faltado católicos que han creído que bajo el punto de vista teológico, se han dilucidado algunos de los grandes problemas que de otro modo hubieran continuado en la duda. Es cierto que la autoridad fué avasallada por la dignidad personal y social; que el principio de certeza sirve hoy de guía á la ciencia y que el problema del Verbo creador en el hombre, idéntico al Verbo de Dios constituyendo su semejanza con Dios y haciéndole operar su propia creación en la tierra al mismo tiempo que la inmortalidad en el cielo, es decir, la existencia de sí mismo, estaría aún olvidado como lo estuvo durante la Edad media, lo propio que otros estudios de gran trascendencia y va-

ler. En verdad, que si el protestantismo se salvó, lo debió á la influencia de la Francia y al poder de los turcos. Estas dos potencias se aunaron contra la casa de Austria que fué siempre la pesadilla de Francisco I.



Lutero echando públicamente al fuego la bula del Papa.

Toda vez que Lutero y sus adeptos lograron dividir la unidad del mundo católico, preciso fué que la Iglesia apelase á todos los procedimientos posibles para destruir aquella herejía y rehacer la constitución y pureza del dogma, formando una sola comunión. ¿Pudo conseguirlo? ¿Ha visto realizadas sus no-

bles y santas aspiraciones? ¿Han vuelto aquellos hijos extraviados á la obediencia del Santo Padre y al redil del Catolicismo?... Desgraciadamente la historia de los tres últimos siglos contesta de un modo negativo.

La Europa, repetimos, se vió anegada en sangre por haber roto los protestantes aquella unidad de creencias religiosas. ¿Y el nuevo cisma sostenido con las armas durante continuados años, llegó á satisfacer los deseos de los reformadores? ¿Acalló las conciencias de los que se separaban de la comunión católica para conseguir la paz del alma y el bienestar social? ¿Y no influyeron en aquellas luchas cubiertas con el manto de la Religión, más que la antipatía á Roma, el interés personal, la ambición, la mala fe, el dolo, el engaño, el odio de raza, las bastardas aspiraciones de los magnates como en todos los tonos proclaman los enemigos de la Silla Apostólica? Nosotros siempre hemos creído que á más del espíritu filosófico y reformista, hubo otras causas poderosas de carácter *político*, las cuales sostuvieron aquel movimiento religioso que tantos males causó á la sociedad.

El antagonismo contra el Papado estaba minando el terreno desde el último siglo de la Edad media y Lutero no fué más que el botafuego que hizo estallar la mina. La cuestión religiosa venía de molde á ciertos poderes para sujetar el vuelo que adquiría la casa de Austria, y los Pontífices sirvieron para entretejer á los curiosos que oían con inocente candor las atrevidas diatribas inventadas por la codicia de unos, el despecho de otros y la audacia de los más. La Santa Sede, bien fuese por casualidad ó por otra circunstancia cualquiera, *que el señor Draper rechaza con todas sus fuerzas*, el Pontífice, decimos, había conducido á buen puerto la nave que Dios le confiara, á través de cuantas borrascas se habían presentado: la herejía sucumbía siempre ante la verdad del dogma católico.

El estado especial en que se encontraba la Europa ante el poder de los turcos que amenazaban con nuevas invasiones, y las mezquinas exigencias de los príncipes alemanes que aspiraban á la independencia para constituirse en monarquías, como antes apuntamos, dió á Lutero poderosos recursos.

Verdad que el emperador Carlos V había jurado en un acto solemne, tal vez para desvanecer aquella protección indirecta que antes prestara á Lutero, defender la cristiandad, la dignidad pontificia y la Iglesia de Roma; pero este acto de generosidad católica no le relevó de mirar con indiferencia los progresos de la Reforma y hasta de proteger á los magnates que la aceptaron en el fuero de su conciencia. Sólo al ver la conducta torcida y falaz del rey de Francia, fué cuando el emperador se acordó de su ferviente Catolicismo para declararse sin embozo el campeón del Papado y el defensor de los intereses de la Silla de San Pedro. La guerra tomó, con efecto, un aspecto religioso muy mar-

cado durante el reinado de su hijo Felipe II; pero la Francia, si bien católica en apariencia, mantuvo el valor de los sectarios de Lutero, les auxilió con todos sus elementos de acción y les prestó su poderosa influencia política. Si luégo todos estos hechos se han explotado contra el Catolicismo en vista del desenlace que proporcionó la paz de Westfalia, no fué por cierto porque los reyes Francisco I y Enrique II dirigieran sus actos á un fin nacional preconcebido, sino que obraron impulsados por una causa de rivalidad é interés privado,



Francisco I.

siendo la Religión sólo un pretexto. Catalina de Médicis y su hijo provocaron con su funesta política la terrible noche del 24 de agosto de 1572 llamada la *San Bartolomé*. El gran Richelieu, á pesar de su elevado rango de cardenal de la Santa Sede, no fué extraño á la protección que la Francia siempre dispensó á los protestantes, y, tal vez, en el último período, debieron su salvación á tan ilustre prelado como astuto político.

Empero, vengamos al terreno práctico y no andemos rebuscando en añejas

hablillas, en vulgares preocupaciones ó en libros inspirados al fragor del combate, escritos quizá á la luz vacilante de los campamentos; libros donde rebosa la pasión y sobresale el encono, la ira, la envidia y la parcialidad; vengamos al terreno práctico respecto de la Reforma protestante y de sus ventajas y positivos adelantos en bien de la humanidad.

Ya hemos dicho, que después de los torrentes de sangre humana derramados durante la guerra de los treinta años, después de los asesinatos sin cuento, de las persecuciones é incendios y de tantos males y calamidades como sufrieron la Alemania, los Países Bajos y la misma Francia, no fué ni será jamás el protestantismo una fuerza religiosa que vivifique y dé esplendor al progreso y á la libertad: es más, nos parece que en este instante (1882) está herido de muerte.

No olvidemos nunca que un cambio ó una modificación no es un progreso real que sirva de adelanto á la sociedad.

El protestantismo tomó diferentes fases y se dividió en muchas sectas apenas salido de la cuna. Basta indicar el luteranismo ortodoxo y el calvinismo, los sincretistas y los arminiatistas, los latitudinarios, los universalistas, los socinianistas, los pietistas y los quákeros, todos los cuales vinieron con sus eternas disputas, forzadas interpretaciones y exageradas deducciones místicas, á oscurecer la verdad y á envolvernos en otros conflictos. Hasta los jansenistas aumentaron el número de los sectarios que odiaban el dogma católico. Los nombres de Lutero, Melancthon, Calixto, Calvino, Zwinglio, Servet, Coornhert, Jacobo I de Inglaterra, Camerón, Amyrant y después Jansenio, recordarán á los fautores de las doctrinas que han traído la perturbación á la Iglesia católica, haciendo vacilar las creencias verdaderas y sosteniendo la lucha y la controversia durante los siglos modernos. ¿Ha reportado la humanidad, repetimos, alguna ventaja de aquellas destructoras contiendas? Ciertamente que *no*. ¿Ha suspendido la ciencia empírica su marcha progresiva en medio de estas sangrientas luchas? Nos parece que *tampoco*.

¡Ah! El error tiene también sus secuaces que le defienden con sorprendente tenacidad; el error cuenta asimismo con sus sacrificios y con sus mártires. La lógica del error es terrible, porque no admite réplica; y así como vemos que la filosofía moderna acepta por axiomas el acaso, la eternidad de la materia, el panteísmo y toda suerte de goces materiales; que la antropología de los discípulos de Hegel se eleva á la categoría de doctrina; y los delirios y extravagancias de Owen, Saint-Simón, Fourier, y Leroux son considerados como fundadores de una sociedad nueva; vemos del mismo modo en el orden científico, extraviados lamentables que han sumido á inteligencias privilegiadas en desvaríos funestos, predicaciones absurdas que ponen en grave peligro la sociedad en que vivimos. Dígase lo que se quiera respecto al protestantismo, de los trastornos y las des-

gracias que la humanidad ha sufrido en los tres últimos siglos, según opinión de un autor respetable nada sospechoso, (F. Laurent), sólo deben responder Lutero y sus adeptos.



Felipe II rey de España.

«Nunca como en los presentes días, dice el Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas, en el *Estudio biográfico y literario de Reynals y Rabassa*, lo propio en nuestra nación que fuera de ella, ha sido tan necesaria la autoridad de la Igle-